



EL

# CORREO DE LA MODA.

ALBUM DE SEÑORITAS.

Periodico de Literatura, Educacion, Música, Teatros y Modas.

**SUMARIO.** Instruccion: por don A. Pirala.—Tiro. (Paráfrasis bíblica), por don J. A. Viedma.—Maria al pié de la Cruz, por don Antonio Arnao.—Consumatum est (poesia), por don Pascual Fernandez Baeza.—Jesus, por F. J. Simonet.—Variedades: La gran Cartuja.—Explicacion del Figurin.

## INSTRUCCION.

Como decia elocuentemente Bossuet, solo se vé á Jesucristo en su gloria ó en sus suplicios, sobre su trono, ó sobre la cruz.

Terribles fueron sus padecimientos; pero ¡cuán grande despues su gloria! Pasados los pocos años que vivió Jesus en el mundo dando lecciones de virtud, y siendo modelo de todas, la única satisfaccion que gozó, si goce era para él, la satisfaccion de una pueril vanidad de los hombres, fué su entrada en Jerusalem.

Hoy mismo celebra la Iglesia aquel magnífico acontecimiento en que el Rey de Reyes, el Salvador del mundo, entró modestamente montado en la ciudad que hoy conserva su sepulcro.

Pero aquella modestia suya era realzada por el triunfo con que fué acompañado. Mujeres y niños, el pueblo todo, salieron á recibirle cantando *Hosanna*, y cubriendo de ramos el camino por donde debia pasar. Además ostentaban todos palmas y ramos de oliva en las manos, para mas honrarle.

¡Cuánto mas grande y glorioso era para el pueblo este triunfo que el que se dispensa á los conquistadores! Estos adquieren su fama dejando á su paso el incendio, la desolacion y

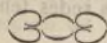
la muerte, y Jesus no habia predicado mas que la paz, todas las virtudes y bondades del Evangelio.

Pudo satisfacerle el aplauso que obtenia su doctrina; pero bien sabia que era breve; pues aquel pueblo fanático é impresionable veria morir pronto al mismo que habia aclamado.

Comienzan los padecimientos de Jesucristo, y solo su Madre y las santas mujeres mitigan su pena. Una mujer derramó el bálsamo sobre su cabeza; y desde que comenzó su passion hasta su muerte, no vió lágrimas tan sinceras como las que derramaron aquellas mujeres, que no faltaron á la sensibilidad de su corazon, á la ternura de sus sentimientos. No podia dejar de asociarse la mujer á la passion y muerte de Ntro. Sr. Jesucristo: era á ella á quien emancipaba, á quien daba la posicion que el paganismo la habia usurpado, que la filosofia griega profanó.

Y no debe solamente el cristianismo esta gratitud á la mujer; la debe una gran parte en la conservacion de los Misterios; pues se la vió acudir á las catacumbas de Roma, ser instituida diaconisa, y recojer los restos de los mártires.

A. Pirala.





## LITERATURA.

## TIRO.

## PARÁFRASIS BÍBLICA.

Hæc dicit Dominus Deus Tyro.

Ezequiel. — Cap. XXVI. — Vers. 13.

*Héme aquí contra tí con sordo acento*  
dijo el Profeta á la ciudad ufana,  
que en la orilla del mar tuvo su asiento,  
de las olas temida soberana.

Sonó tu hora postrera  
y el cielo á tus delitos te abandona.

Arranca tu bandera  
de las torres que el tiempo desmorona.  
De la ira del Señor arde la hoguera  
y ha rodado al profundo tu corona.

Tú al lanzarte en el mar, nave del vicio,  
llevaste á los Arados por remeros,  
pilotos dió Geval á tu servicio,  
y la Lidia y la Persia sus guerreros,  
Damasco tus mercados  
de alfombras tapizó; ricas maderas,  
duros hierros labrados  
dieron Grecia y Assur á tus galeras,  
linos Syria de perlas recamados,  
miel y trigo Judá, Thogorma fieras.

Pero un día vendrá. Desde la altura  
Dios en la tempestad, ciudad impía,  
hablará á tu soberbia y tu locura,  
torpe pirata de la mar bravía.

En polvo tu grandeza  
verás, red de ambiciones y de engaños,  
será humo tu belleza,  
por tus arenas contarás tus daños,  
y el polvo barrerán de tu impureza  
los sueltos vendavales de los años.

Se alzará contra tí guerrera gente  
como alza el mar sus olas encrespadas,  
y pasarán sobre tu impura frente  
de guerreros gigantes oleadas.

Cual piedra carcomida  
por las olas del mar, tú del acero  
serás Tiro raida;

por la uña hollada del corcel ligero,  
y la red de los mares destruida  
será de húmedas redes tendadero.

Del lado de Aquilon vendrá el estrago,  
un Rey de Reyes batirá tus muros,  
tus rotas naves sorberá Cartago,  
y las olas tus ídolos impuros.  
Tus vírgenes hermosas,  
á la espalda la negra cabellera,  
confusas y llorosas  
doblarán la rodilla en tu ribera,  
y al compás de las arpas misteriosas  
darán al viento tu cancion postrera.

Llora nave tu fin, rasga y humilla  
la ancha vela á tu mástil amarrada,  
quiebra en las rocas la gastada quilla  
de los abetos de Sanir labrada.

A torpes liviandades  
dió tu soberbio corazon abrigo.

Ya se alzan las ciudades,  
de tu ruina el mar será testigo,  
y escándalo y ejemplo á las edades  
serán tu vanidad y tu castigo.

J. A. VIEDMA.

## MARIA AL PIE DE LA CRUZ.

Grande como el mar es tu quebranto.

THREN. II — 13.

Vosotras que habeis recibido del cielo inestimables teseros de ternura y conmiseracion; vosotras que comprendeis el idioma puro del amor, y los dolorosos misterios de la vida; vosotras que con ánimo fuerte soportais las propias amarguras, y con sensible corazon llorais las penas estrañas, oidme: Aquí, á la sombra de este melancólico ciprés que á la continua nos señala el cielo, os cantaré la lastimosa tragedia de un *alma triste hasta la muerte*. No pulsaré la muelle lira, coronada de mirto y rosas: el arpa de cuerdas de bronce del Profeta acompañará mis lastimeros cánticos, mis acongojados suspiros.

¿No veis allá en la lontananza del Oriente, y alumbrada por el rojizo resplandor de un triste crepúsculo, la cumbre de un monte que se levanta á los cielos coronado con el patíbulo de la cruz? Acercáos, no temais. No es el Sinaí que oculta en las nubes su cabeza circundada de la ígnea diadema del relámpago: es el Calvario que se conmueve bajo el peso del autor de la vida entregado á la muerte. Le veis? Es Jesús. Aquel que há poco fué reci-



bido con el olivo y el laurel, es maltratado con la saliva y el hierro. No bastaron ni el sudor de sangre de Gethsemaní, ni la bofetada del siervo, ni las injurias de Caifás, ni la irrisoria túnica, ni las afrentas del pretorio, para satisfacer la Suma Justicia, y para saciar la sed de sangre de un pueblo ingrato y cruel. Todo esto era poco. Aquel que no tenía donde reclinar su cabeza, ya la reclina ahora sobre el sangriento madero de la Cruz.

¡Cuánta diferencia, cuánta, entre Bethlem y Jerusalem! Los limpios pañales que en el pesebre le abrigaron, se han trocado por duros clavos que en el árbol le martirizan. Allí dormía en el heno; aquí pende del leño. Cánticos de ángeles le arrullaron al nacer; blasfemias del malvado le insultan al espirar. Los reyes que postrados le adoraban no están en su presencia; delante solo tiene sus enemigos que le escarnecen y maltratan.

Mas ay! no está solo. Postrado á sus piés hay un corazón que comparte los dolores de su pasión cruenta, y Él le paga compartiendo los dolores de su amor ferviente. Si tres reyes le ofrecieron á un tiempo sobre las pajas mirra, oro, é incienso, una Reina le presenta ahora sobre la cruz la mirra de sus lágrimas, el oro de su pureza, el incienso de su adoración.

Oh! Vedla ¡Cuán hermosa está en su dolor! El es grande como el mar: no tiene semejante. Aquella hermosura celestial que había de decorar la morada del Rey de Reyes, se vé ofuscada bajo las nieblas de la mas profunda tristeza. La tristeza que apresura la muerte está ya dándosela á su corazón. Esposa enamorada, vé morir entre horribles angustias al esposo de su alma. Esclava humilde, noble criatura, vé acabar entre afrentas á su Señor y Dios. Madre privilegiada, vé espirar desamparado al hijo de sus entrañas. ¡Quién comprenderá su dolor!

Vaso frágil de leve arcilla no puede contener la ardiente lava que le hiciera estallar; así el corazón humano moriría de dolor si llegara solo un momento á comprender el dolor de María. El mortal solo puede sospecharlo, aunque friamente, en las mayores aflicciones de la vida; en esas acerbas despedidas en que vemos ausentarse para siempre de nosotros las mas caras prendas de nuestra alma.

¿No recordais aquel dolor de muerte que traspasó vuestro pecho cuando perdisteis al amado de vuestras ilusiones, ó al padre de encanecidos cabellos, ó al hijo de vuestro propio seno? Imaginad ahora por un instante las angustias que padecería

aquella madre que en Jesús veía y perdía á su Esposo, á su Señor, á su Hijo.

Aquel dolor sin nombre y sin límites, era como un océano sin riberas: así lo dice el Profeta de las desventuras; así lo canta Jeremías. El apóstol que de Sábulo perseguidor se convirtió en Pablo mártir, habríale comparado á una espada de dos filos, y que tocaba hasta la división del alma y del espíritu. Oh! Sí. La medida del dolor, es el amor: cuanto éste es abrasador, aquel es penetrante. María amaba á Jesús con un amor fuerte como la muerte; y las angustias con que compartía su pasión no cabían en los términos de la vida. Así tú, ilustre Anselmo, exclamas: Oh Virgen! ¿qué fueron, comparados á tus sufrimientos, cuantas crueldades se ejecutaron en los cuerpos de los mártires? Nada.

Oh! Si mi cristiana arpa y el canto de mi afligido corazón revelan aunque débilmente tan tristes amarguras, vosotras que me escuchais; vosotras, amantes hijas, enamoradas esposas, apasionadas madres, llorad en tanto que el mundo ríe insensato: hacedme coro con vuestros suspiros.

Pero María, la Madre del Divino Cordero, no como débil mujer exhalaba estériles sollozos. Si su congoja era inmensa, inmensa era su resignación. Allí, como dice el Águila de Patmos, estaba junto á la cruz de Jesús su Madre. No prorumpía en alaridos de dolor: ofrecía en secreto el sacrificio de sus padecimientos. No como Agar apartaba sus ojos por no ver la muerte de su hijo, sino que soportaba su suplicio como la Madre del último Macabeo. Donde está Jesús, allí María. Fiel á su Hijo hasta la muerte, estaba junto á la cruz en que éste moría. Ella le sonrió en Bethlem; ahora le llora en el Calvario. Pendiente de la cruz estaba el Hijo; junto á la cruz la Madre. Y así como Aquel se hallaba vuelto al Occidente para atraerlo con sus abiertos brazos, María con Juan se volvía hacia el Oriente, repasando con sublime mirada sus heridas, para imprimirlas en su corazón: ¿Hay dolor igual?

Oh! ¡Vosotras las de alma tierna; vosotras que me escuchais, llorad al menos, llorad!

Mas en medio de aquellas espesas tinieblas que iban envolviendo la haz de la tierra, un rayo purísimo la inundó en luz de esperanza. En medio de aquel sordo estruendo con que el orbe conmovido se preparaba á dar testimonio del Hijo de Dios, los lábios de Este se entreabrieron, y sus palabras deramaron bálsamo en nuestros dolores, como en otro tiempo habían disipado las tempestades del mar.



JESUS, próximo á María y á la muerte, quiso encomendar el amado Discípulo en manos de su Madre, como ÉL en breve había de encomendar en las del Padre su espíritu fatigado. ¿Y cómo mejor que diciéndole: *Mujer, hé ahí tu hijo.*

Pero á tí, oh María! este cambio debía serte desconsolador. Tanto como el hombre, en la figura de Juan, subía en dignidad, tú declinabas en ella. JESUS era Señor; Juan, siervo: aquel era Maestro; éste Discípulo. ¿No se humillaba, pues, la que se hacia Madre del hombre, habiéndolo sido de Dios?

¡Dulce misterio del amor! Aquel JESUS que constituido en la agonía estaba próximo á exhalar el postrer aliento, se curaba del miserable mortal por cuyos ultrajes moría. Aquella inmaculada Virgen en cuyo seno había morado todo un Dios, quedaba constituida defensora de su mismo ofensor. La amantísima Madre que sentía en su alma la dolorosa impresion de los clavos, las espinas, y la lanza, era nombrada protectora del mismo que con sus culpas le atormentaba. Allí veía crucificado á su Unigénito, y acataba el mandato que la elegía Madre de quien le crucificaba. Y ¿no era este un nuevo dolor para aquella que sin derramar sangre estaba padeciendo el mas tremendo martirio; para aquella que siendo hondamente aflijida quedaba hecha Madre de los aflijidos?

Mas, oh tesoro de felicidad! El divino Redentor, no contento con satisfacer al Padre por el hombre, quiso elevar á éste á la dignidad de su hermano de adopcion. Aquel raudal de caridad se derramaba sobre el género humano para proveer á todas sus necesidades. Iba á volver al seno del Padre por la puerta del sepulcro, y para no abandonarle en orfandad, despues de dejarse á sí mismo, dejó al hombre, simbolizado en el amado Juan, por hijo de María. Hé ahí, le dijo, *hé ahí tu Madre;* y desde entonces se afirmaron sus esperanzas, tuvo una mediadora en sus debilidades y caídas, una consoladora en sus aflicciones.

¿Comprendes acaso, débil corazon humano, tú que tan apegado estás á los intereses perecederos, porque te agitas; comprendes el excelso privilegio de tan sublimes palabras?

Desde aquella hora triste, pero gloriosa, una eres tú, Madre de Dios y del hombre. Tú lo eres del reo y del juez; de los miserables y de las misericordias. Desde aquel punto el mortal arde en tu amor, porque eres emblema del amor inmaculado. Si es pecador en tí espera como en tesoro de clemencias; y si necesita gracia á tí recurre, que

de gracia estás llena. Si mira á la cruz vé á su Dios: si á los piés de la cruz á su Madre. Sé, pues, propicia á las ánsias de su corazon. Tu Hijo moribundo quiere que le recibas por hijo tuyo: cúmplase su palabra.

Recíbele, y oiga enajenado á tus lábios lo que el Rey profeta decia: *Tú eres mi hijo; yo te he enjendrado hoy.*

Recíbele, oh María, pues solo te hace una súplica: *que te muestres como Madre.*

Almas que sabeis pagar el amor con el amor, cantadle vuestras alabanzas, juradle vuestra fé.

Mas hé aquí que, como dice el Evangelista, *viene la hora, y ya llega;* y María como una cándida paloma que presiente la cercana tempestad, comienza á adivinar el sumo dolor que la espera. Mira al sol y le ve oscurecerse: mira á la tierra y la siente temblar: mira á JESUS y le ve próximo á exhalar el último suspiro.

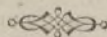
Siguen en tanto la befa y el escarnio con que le ultraja el mas ingrato de los pueblos; y rendido á tantas injurias y á tan prolongados tormentos, parece que ya sale de los divinos lábios el espíritu de Dios.

Levanta sus ojos la desconsolada Madre, y halla la compasiva mirada del Hijo que la anima y fortalece. «En tus manos, parece que le dice, en tus manos encomiendo mi cuerpo. Bájale de la cruz, y como en otro tiempo le envolviste gozosa en los pañales, envuélvele ahora triste en el sudario: como entonces me depositabas en el pesebre, reclíname ahora en el sepulcro.»

Oh dulce Madre! Yo, débil mortal, no puedo comprender el agudísimo dolor que padecerías con tan amarga despedida. Yo solo sé amarte y llorar contigo. Presiento la acerba soledad que te espera, y quiero volar á los piés de la cruz para compartir humildemente tus aflicciones. Cuando JESUS haya descendido del árbol de la salud, mi alma será tu compañera. Pecadora es, pero no eres tú el *refugio de los pecadores?*

Ay! Interrúmpase el canto; calle el arpa mortal que ha querido decir el dolor de la Madre de Dios. Dejemos ya la sombra del ciprés y caminemos al Calvario. Seguid tras el pobre cantor, vosotras las de pecho amante y compasivo. Allí se bañará vuestro corazon en el perfume del amor que nunca se acaba.

ANTONIO ARNAO.





**CONSUMATUM EST.**

Pierde su luz el sol en medio el día:  
 conmueven del orbe los cimientos:  
 las tumbas de sus lóbregos asientos  
 lanzan los huesos y ceniza fría.  
 Chocan y se combaten á porfía  
 entre sí con furor los elementos;  
 y resuenan fatídicos lamentos,  
 nuncios de horror, de espanto y de agonía.  
 Creación! de tu fin llegó la hora?  
 Del estermínio el ángel iracundo  
 hoy esgrime su espada destructora?  
 Qué infunde sentimiento tan profundo  
 que la tierra y el cielo al par devora?  
 Murió en la cruz el Salvador del mundo.

PASCUAL FERNANDEZ BAEZA.

**JESUS.**

«Sed venit hora, et nunc est, quando veri  
 adoratores adorabunt Patrem in Spiritu et  
 veritate.»

Evang. sec. JOAN. IV.—25.

Al hablar de Jesucristo y su religion divina, ni cumple á nuestro propósito, ni cabria en los estrechos límites de este cuadro, el trazar la apología de los dogmas, que á fuer de cristianos, nos inspiran la mayor veneracion y acatamiento. Tampoco es nuestro objeto el encarecer las sublimes dotes y bellezas que encierra la palabra y ley de nuestro Dios en sus doctrinas y misterios. Grandes ingenios inspirados por la musa cristiana, han cumplido dignamente esta mision en páginas inmortales, que nuestras lectoras habrán recorrido mil veces con admiracion y convencimiento. Nuestro empeño es solo, pues, el de pagar algun tributo á la solemnidad religiosa de estos días, apuntando en las columnas de este Semanario un recuerdo del Dios-Hombre y sus doctrinas de salvacion.

Cuando con la venida del Salvador, asomó la aurora de la ley de gracia, casi todos los pueblos de la tierra vivian sumergidos en las tinieblas del error, de la idolatría, y de la inmoralidad. Hasta la misma Roma, que por la gloria de su ilustracion y sus armas, marchaba á la cabeza de las naciones cultas, y donde se habian refugiado los restos de la civilizacion griega, no era ya sino una sentina de la corrupcion y los errores de todos los pueblos del mundo. Pero la religion del Crucificado, mas fuer-

te por el poder de las ideas, debia echar por tierra aquel baluarte del error y los crímenes, alzando allí mismo, para mostrar su grandeza y valía, los cimientos del edificio inmortal de su Iglesia.

Y en medio de tanta oscuridad y sombras, solo en el cielo que cobijaba á Sión, brillaba una estrella de salvacion y de esperanza. Este astro de las profecías y promesas del futuro Redentor, era el que derramaba alguna luz en la tenebrosa senda del mortal. Los vates de Israel habian anunciado la venida del Mesías con tales caractéres, que es fuerza reconocer en ellos al hijo de *Meriem*.

Y porque la mision divina de Jesus (1) fué cumplir, salvando al linaje humano, las altas promesas de Yehovah y dar desenlace venturosísimo al gran drama de las relaciones del hombre con Dios, que habia inaugurado éste con su pueblo escogido, por eso cuando se revistió de la humana carne, quiso ser llamado *Emmanuel*, nombre hebreo, que se interpreta: Dios con nosotros. El ángel que anunciando á María su concepcion del Espíritu Santo, le mandó que nombrase así al fruto divino de su vientre, fué enviado por el Eterno á cumplir aquella elocuente y espresiva prediccion que tantos siglos antes habia pronunciado por boca de Isaías diciendo: «Hé aquí que una Virgen, concebirá y parirá un hijo, y llamará su nombre Emmanuel (2).»

Cuando Jesus vino á esta tierra de dolores y quebrantos, largo reposo reinaba en ella. El Dios de la paz y de la clemencia quiso aparecer en esta época, para que los hombres libres de los furiosos de la guerra, mas fácilmente abriesen su corazon á la caridad y dulzura de los sentimientos que queria inspirarles.

Aun el impío y el incrédulo que nieguen á Jesucristo su carácter divino, veránse forzados á confesar que jamás legislador alguno cumplió mas alta mision sobre la tierra. Solo Jesus fué quien con leyes y máximas de amor y consuelo, inspirando y fomentando los grandes sentimientos de caridad, abnegacion de sí propio, desprendimiento y desden de los bienes terrenales, haciendo á todos los hombres iguales ante Dios, y otorgando los mismos derechos á la mujer, quiso mejorar la condicion de la humanidad. Con los lazos de los afectos unió á todos los hombres, y quiso que no formasen sino una familia. En nombre del cariño perdonó á la Mag-

(1) El nombre de Jesus, en hebreo *Yehosúa* ó *Yesúa*, es alegórico y significa el Salvador.

(2) Cap. VII, v. 14.



dalena, diciendo de ella: «Perdonánsele sus muchos pecados porque amó mucho.»

Jesucristo se distingue de todos aquellos hombres que dieron leyes políticas ó religiosas al mundo, por la indulgencia, amor y dulzura que empleó, así para dictar como para propagar sus doctrinas, medios por cierto mas poderosos que la violencia, el rigor y la fuerza de que otros se valieron para conseguir su objeto. Pero lo que mas enaltece su causa, y lo que mas obliga á reconocer en él al Verbo de Dios, es que como otro ninguno, unió los hechos á la doctrina, el ejemplo á la palabra, que no vino á someter y esclavizar los hombres, sino á someterse y esclavizarse él mismo á sus dolores y miserias, para alcanzarles la libertad y la salvación, hasta darse por ellos en costoso é inefable sacrificio de amor y caridad. Para que mejor se alcancen tales razones, vamos á consagrar breves palabras á la sencilla narración de los hechos y las doctrinas del legislador evangélico.

Comienza sus prodigios por confundir á la edad de doce años á los levitas y doctores de la antigua ley con su celestial sabiduría. En Caná de Galilea da principio á la manifestación de su gloria, convirtiendo en unas bodas el agua en vino. Arroja luego del Santuario de Jerusalem á los negociantes y cambistas que le profanaban. Instituye la regeneración moral del hombre en el Sacramento del Bautismo, diciendo á Nicodemo: «Solo el que renaciere del agua y del Espíritu Santo, podrá entrar en el reino de Dios (1).» Vincula la salvación del hombre en la fé con estas palabras: «De tal suerte amó Dios al mundo, que quiso dar por él á su Unigénito, para que ninguno que en él creyere, se pierda, sino que logre eterna vida.» En su coloquio con la Samaritana, revela á esta mujer sencilla la doctrina sublime de su religión espiritual, diciéndola: «Mas la hora viene, y ya es de que los verdaderos adoradores rindan culto al Padre en espíritu y verdad.» Para abrogar la ley vieja y material con su ley del alma, da salud en día de sábado á un enfermo que contaba treinta y ocho años de dolencia, mostrando así cuán superiores son la caridad y demas virtudes á las ceremonias y disciplinas de una ley muerta para el espíritu.

A los judíos, que se llaman libres, porque descienden de Abraham, dice Jesus: «En verdad os digo que todo el que comete un delito es esclavo

de él.»—Cierto de sacrificar su vida por la grey de los fieles, dice: «Yo soy el buen Pastor, y el buen Pastor da la vida por sus ovejas.»—Resucita á Lázaro; pero aquel pueblo endurecido en su crimen permanece ciego á la luz de la verdad y de los prodigios, y determina la muerte de su Salvador. Jesucristo, próximo á su martirio, entra en Jerusalem, como en triunfo, entre la muchedumbre del pueblo, que le presenta ramos de palmas y le saluda como á rey de Israel, cantándole el *Hosanna*. En la cena de despedida que da á sus Apóstoles, laváles Jesus humildemente los pies, y enternecido les da este nuevo mandamiento, uno de los mas sublimes de la ley cristiana: «Hijos, les dice, breve tiempo me resta que permanecer con vosotros. Un mandamiento nuevo os doy: que os améis los unos á los otros: como yo os amé, que mutuamente os améis.»—Y luego les dice: «Marcho á prepararos lugar en la casa de mi Padre.»—Después les da otros consejos y avisos no menos saludables y santos, enseñándoles como por amor á él han de guardar sus Mandamientos, en premio de lo cual, él rogará al Padre que les dé otro Paráclito que permanezca con ellos para siempre. Les predice las futuras persecuciones, ruega por ellos á su Eterno Padre, y deja instituido el Sacramento de la Eucaristía, como prenda de su amor que lega á los hombres para que le recuerden en su ausencia.

Cercano á apurar el amarguísimo cáliz de la Pasión, ora en el Huerto de las Olivas á su Padre, y nos enseña como la oración al Señor nos da fuerzas para cumplir los mayores sacrificios, que nos exijan el deber y la virtud. Los dolorosísimos trances, las amarguras y afrentas con que aflige al Hombre-Dios aquel pueblo, que quiere que caiga sobre él y sus hijos la sangre del Justo, consuman la gran obra de la redención del linaje humano, cuya expiación es inmensa como lo había sido su crimen. En su misma ara de la cruz empieza la redención con brindar la salud eterna á uno de sus compañeros de suplicio, que se arrepiente de sus culpas. A su santísima Madre, que imagen celestial del dolor y la ternura, asiste á la pasión y agonía de su querido Hijo, le encomienda con afecto á Juan, su discípulo amado. Negras tinieblas cubren con crespones de luto todo el firmamento, y el Hombre-Dios espira, encomendando con voz alta y majestuosa su espíritu en las manos del Eterno Padre. Todo queda ya consumado: ha muerto el Hijo del Eterno porque se salve el hombre. Unos varones piadosos le dan sepultura, la que abandona al tercer día, resucitando glorioso, y apareciendo

(1) Evang. sec. Joan. c. III, v. 5.



á sus Discípulos, con los cuales conversa familiarmente y con palabras de amor, hasta que al fin los deja, prometiéndoles de nuevo la venida del Paráclito.

Al abandonar Jesus al mundo para volver á ocupar la diestra de su Padre, dejó encomendada su Iglesia á sus Apóstoles y Vicarios. Pero no se apartó con pesar de nuestra mansión, pues siendo espiritual el reino que á los suyos habia prometido, no se despidió de ellos sino para volverlos á hallar en la celeste Jerusalem, de que nos habla el solitario profeta de Patmos en su Apocalipsis.

La doctrina religiosa de Jesucristo, el Mesías y el Redentor de todas las gentes, tuvo por principal objeto la salvación de las almas. En cuanto á la felicidad posible en este valle de lágrimas, quiso asegurarla en el buen testimonio de nuestra conciencia, en el auxilio y gracia con que acudiría constantemente á nuestras necesidades, en nuestro amor á él y al prójimo, y finalmente en la pureza y santidad de nuestras acciones y hasta de nuestras palabras y pensamientos, de que hemos de darle cuenta estrecha al terminar nuestra carrera de la vida.

El espíritu que legó á sus Discípulos, aseguró por algun tiempo en la tierra la realidad de una sociedad, en que los sentimientos y mútuas afecciones del corazón y las mas generosas virtudes debían mantener la igualdad, la paz y la buena correspondencia. Las persecuciones con que Cristo probó despues á su Iglesia, y la sangre fecunda de sus mártires, mantuvieron viva esa fé ciega y salvadora, principal fuente de las demas virtudes, y motivo eficaz para merecer la gracia de Dios. Pero luego que se acrecentó la grey de los fieles, y no fué posible seguir fomentando aquellos sentimientos de familia, fué desapareciendo tambien aquella república cristiana, cuya época mas floreciente se contó mientras la rijieron los Apóstoles, y cada fiel traía á sus piés su hacienda para que la empleasen en remediar las necesidades de todos. La religion y ley sancionada en el Gólgota con el testimonio del Dios-Hombre, que allí vertió su sangre, ha producido despues abundante cosecha de virtudes, y ha civilizado tambien las naciones al derramarse por gran parte del mundo, triunfando siempre de sus enemigos, y atestiguando con lo inmortal lo salvador y lo divino. Empero por desgracia hánse apartado los fieles de aquella primitiva sencillez é inocencia de costumbres, y de aquellos sentimientos de caridad y desinterés, olvidando la máxima del Evangelio de que el reino de Dios no es de este

mundo. Así el cristiano, renunciando á la esperanza de poder hallar durante esta vida, en la buena fé y sentimientos generosos de los demas mortales, una sombra siquiera de esa ventura suprema, incesante anhelo del corazón del hombre, no dirige ya sus deseos sino á buscar en el cielo su ansiado porvenir de eterna felicidad.

Fama, riquezas, poder, honores, delicias del amor, todas esas brillantes apariciones del porvenir, no son en nuestra existencia mas que sueños de la ardiente imaginación, ilusiones fugaces que para engañar nuestras miserias, vienen hasta nosotros desde aquel país de la dicha imperecedera, que llamamos cielo y gloria de los bienaventurados, así como al peregrino que desfallece en el árido y ardiente desierto, llega á veces en alas de la brisa el purísimo aroma de las flores de un lejano vergel.

F. J. SIMONET.

## VARIEDADES.

### LA GRAN CARTUJA.

Refieren las crónicas, que en el mes de Junio de 1086, se presentaron á Hugo, obispo de Grenoble, siete sacerdotes que, echándose á sus piés, le suplicaron les concediese un sitio retirado, en que pudiesen consagrarse á Dios viviendo del trabajo de sus manos, en la austeridad y el silencio. Estos penitentes eran Bruno, canónigo de Reims, y seis compañeros suyos, que atraídos por sus lecciones y ejemplo, le acompañaban en su santo propósito. Hugo, acogió su piadoso deseo y les hizo donación de un sitio desierto, situado en el mismo Delfinado, á pocas leguas de Grenoble y conocido con la denominación de la Cartuja. De aquí proviene el nombre de Cartujos, con que se distinguen los religiosos de esta Orden, una de las mas austeras de la Iglesia. El ayuno, el trabajo y el silencio continuo, componen, entre otras, las penitencias que se imponen los discípulos de San Bruno.

Los religiosos de esta Orden, que ha sobrevivido á las tormentas revolucionarias, llevan un hábito de lana, blanco con capucha, sujeto á la cintura con un cordón de cáñamo ó una correa: cuando las necesidades de su instituto los llaman fuera del convento, se ponen sobre el hábito blanco, un escapulario y capucha negros.



La gran Cartuja, cuna de la Orden, no se componía en su fundación sino de habitaciones pequeñas, diseminadas al rededor del primitivo establecimiento, en el radio de un cuarto de legua. Cincuenta años después, los religiosos, cuyo número se había multiplicado prodigiosamente, las reconstruyeron mas sólidas y espaciosas, pero el fuego ha destruido diferentes veces el asilo de estos piadosos cenovitas.

Las construcciones actuales no datan mas allá del siglo XVII. Solo los claustros, que felizmente se preservaron de las llamas, demuestran el gusto de la edad media, época de su construcción. El conjunto de la gran Cartuja ofrece una perspectiva alegre y pintoresca: su interior es espacioso, cómodo y distribuido convenientemente: cada celda se divide en tres departamentos, con un pequeño jardín.

Los viajeros que acuden á visitarla no penetran en el convento; se hospedan en dos pabellones, contiguos á la entrada principal. La hospitalidad que allí reciben no es espléndida, ni ostentosa, pero sí franca, afable, é igual para todos, cualquiera que sea su país, su clase, ó su educación.

El paisaje en cuyo centro se eleva este vasto retiro se llama el *Desierto*. Efectivamente es una especie de Thebaida, dominada por rocas escarpadas, cuyas crestas se pierden en las nubes, y rodeada por todas partes de bosques seculares, que parecen abrirse á su pesar para dar salida á un torrente espumoso.

Un sentimiento de grata melancolía y de piadoso recogimiento se apodera del viajero al contemplar aquella naturaleza feraz y bravia, santificada por la cruz, que la domina desde la cúpula del campanario. La pluma es incapaz de describir aquella perspectiva tan imponente como grandiosa: solo el lápiz del artista puede darnos una idea, si no exacta, aproximada, del majestuoso é imponente contraste que presentan las obras sublimes de la naturaleza con las trabajosas y entendidas de aquellos santos cenobitas.

#### Explicación del Figurin.

FIG. 1.<sup>a</sup> *Traje de baile*.—Vestido de grós color de rosa, guarnecido de huecos de tul. El

cuerpo, escotado por delante y por detrás, va guarnecido con una berta de grós, de seis centímetros de ancha, prolongada por otra de tul engomado, sobre la cual se arma un hueco ó follado de tul de seda color de rosa, sembrado de pensamientos: en el centro del pecho se coloca un ramo de las mismas flores. El talle es muy ajustado y en punta. La manga es corta, y de grós, terminada también por un hueco de tul. La falda va cubierta por cuatro volantes del mismo grós, prolongados por un tul engomado, sobre el cual se arma un hueco ó afollado, sembrado de pensamientos, correspondiente al de la berta: el primero de estos volantes nace del talle.

El peinado es de bandós, separado el pelo en dos partes, y rizado todo al rededor de la cabeza, sin moño y cayendo por detrás sobre el cuello. Un cordón, cubierto de pensamientos sirve de diadema, y las mismas flores forman por detrás una especie de moña.

FIG. 2.<sup>a</sup> *Traje de paseo*.—Vestido de muaré azul, con flores negras brochadas. El cuerpo es alto y ajustado, y sin cintura: la manga corta, casi justa de arriba y termina en una pagoda acampanada guarnecida de una tira de terciopelo. La falda, de mucha amplitud, va pegada al talle con pliegues muy gruesos. Los adornos de este traje se componen de tiras de terciopelo, cortadas de pieza, con las puntas dobladas hacia adentro para que formen pico. Estos adornos van dispuestos á cada lado de la falda, y consisten en tiras de terciopelo, como de una tercia de largas y seis centímetros de anchas. La primera, que nace del talle, va sobre un pliegue, y no forma punta sino por la parte inferior: á esta siguen dos, luego tres, y hasta cuatro si cogen en el largo de la falda, formando pirámide: en cada una de las puntas, pero sin cubrirlas, se coloca un lazo muy poblado, de terciopelitos estrechos. En el cuerpo estas tiras se colocan, saliendo de la cintura, una en el centro del pecho, y otra á cada costado: de cada hombro baja otra tira, cuya punta viene á caer entre las dos anteriores.

*Sombrero* de terciopelo negro, con adornos de blondas blancas y negras, y ramos de rosas.

